

UNIDAD Y DIFERENCIACIÓN EN LA SOCIEDAD MODERNA

Niklas Luhmann

*Ponencia presentada
en el Congreso Internacional
de Sociología en Bielefeld, Alemania.
Julio de 1994.*

Traducción: Adriana Murguía Lores

Resumen

En esta ponencia N. Luhmann se hace la pregunta de cómo ha sido conceptualizada "la sociedad" haciendo un breve recorrido semántico-ideológico de dicho concepto. Asimismo problematiza si actualmente es pertinente partir de la conceptualización de una "sociedad regional", como base de la teoría de la sociedad, para, posteriormente abordar el análisis de la "sociedad global".

Abstract

In this work N. Luhmann asks himself the question how "society" has been conceptualized by making a brief semantic-ideological journey of said concept. Likewise it poses the problem if it is actually relevant to start the conceptualization of a "regional society", as a foundation for a theory of society, to subsequently approach the analysis of "global society".

Estoy consciente de que en este Congreso se hablará sobre *Fronteras en contienda y solidaridades cambiantes*, por lo que mi idea de hablar sobre la sociedad-mundo o la globalización puede parecer abstracta, demasiado estructural. Pero creo que es necesario que antes de que nos adentremos en el análisis de lo que está en contienda o cambiando, conozcamos el contexto en el que podría haber conflictos sobre las fronteras o cambios respecto a las solidaridades.

Mi idea entonces es que debemos preguntarnos si debemos partir de una sociedad regional, de un concepto de sociedad generalmente asentado en el Estado-nación —a pesar de los problemas que enfrenta hoy en día— como base para la teoría de la sociedad, para después abordar la globalización.

Esta es en general la idea de los sociólogos. Si revisamos la literatura sociológica, generalmente el concepto sociedad se usa en plural, sociedades. Pero habría que preguntarse si, dado que el proceso de globalización es tan fuerte, no haríamos mejor en reflexionar sobre *la* sociedad, *el* sistema mundial (en singular) y después tratar de explicar las diferencias regionales, partiendo de esta única, central y abarcadora sociedad-mundo.

El problema es que no contamos con una teoría o concepto que lo haga, por lo que me gustaría comenzar con la pregunta sobre cómo es que la sociedad ha sido concebida, haciendo un pequeño recorrido histórico, semántico e ideológico para ver como se le ha conceptualizado.

Al hacerlo, nos damos cuenta de que siempre se ha enfrentado el problema de la diferenciación, y consecuentemente, el de dónde radica la unidad de una sociedad diferenciada.

En la historia del pensamiento sociológico, la idea de jerarquización ha sido concebida principalmente como estratificación o jerarquización.

Desde la antigua idea cosmológica o religiosa del concepto de jerarquía en su sentido original, pasando por el sistema estratificado con Estados consolidados, hasta la sociedad de clases, aun en nuestro siglo pensamos que la sociedad se diferencia primero en estratos, y que las diferencias regionales, por segmentos, o la diferenciación por roles profesionales vienen en segundo término.

Si atendemos a esta concepción, vemos que, en reacción a la idea de estratificación, se formulan diferentes concepciones sobre la unidad de la sociedad para dar cuenta de las diferencias de orden, valores, prestigio, etc.

Desde mediados del siglo xvii hasta la mitad del siglo xviii, la principal idea sobre la unidad de la sociedad fue la de felicidad, en el sentido de que todo el mundo podía ser feliz si permanecía en el lugar que le correspondía, si se contentaba con su condición, con el lugar en el que había nacido. Entonces la sociedad podía implicar la felicidad. La distribución de ésta no dependía del estatus, sino que existía para todos de acuerdo a su condición.

Esta era la idea de Moliere y de Alexander Pope, por ejemplo, e implicaba que la naturaleza humana posibilitaba la felicidad si se ajustaba a las circunstancias. Después podía existir diferenciación de acuerdo al prestigio, a la fortuna, al nacimiento, y sobretodo, al gusto. Coexiste la idea de que la sociedad ofrecía iguales posibilidades para ser feliz, pero que había diferencias de gusto, y que sólo los estratos

más altos tenían gusto, o más tarde, cultura (en el sentido de cultivación).

Esta idea aparentemente se desvaneció hacia la segunda mitad del siglo XVIII, posiblemente por la industrialización de la alta cultura y por la proliferación de diferentes concepciones económicas. Después comenzó la Revolución Industrial, y la idea de que había felicidad para todos de acuerdo a su situación, dejó de ser convincente.

A la felicidad le siguió la idea de solidaridad, que va desde Fourier hasta Durkheim. Esta ya no era natural, las personas no nacen con la idea de solidaridad, sino que es algo que se aprende, es un mandato moral. La solidaridad fue una invención francesa. Hasta donde yo sé, el término apareció en el siglo XVIII, pero su momento fue el siglo XIX.

Hoy en día, si oímos el término pensamos ya sea en un movimiento social en Polonia, una razón que se esgrime para elevar los impuestos en Alemania, o una manera de demostrar que existe gasto público en el campo en México. Solidaridad aparentemente se ha convertido en un término eufemístico que se usa cuando se tiene que demostrar que algo es bueno.

De hecho la idea de la unidad de la sociedad cambió otra vez en el siglo XX, y me parece que ahora prevalece una idea de similitud de condiciones de vida, de equidad. Se trata esta vez de una idea política. El Estado se tiene que encargar de que existan condiciones iguales de vida para todos.

Esto es lo que se espera de movimientos modernizadores: más producción, una mejor distribución, mayor libertad, más democracia, de manera que haya más que distribuir y se pueda hacerlo de una manera más justa.

Pero a final del siglo XX, si miramos hacia atrás, vemos una sociedad que no es feliz, ni solidaria, que no ofrece condiciones iguales de vida.

Entonces, ¿que podemos hacer? ¿añadimos un nuevo término a la lista, cada vez más alejado de la realidad? ¿inventamos una nueva ficción sobre la unidad de la sociedad? ¿podría ser ésta la sociedad civil, concebida de una manera nueva, no conectada a su sentido tradicional? ¿podría ser algo comunal? ¿podría ser la posmodernidad? (en el sentido de un "elogio de la locura" o algo parecido. El tratado de Erasmo *Elogio de la locura*, si ustedes recuerdan, termina diciendo "el elogio de la locura es una locura"* , y la frase final es: olvídenlo).

* "the praise of folly is foolish". Juego de palabras intraducible. N.T.

La pregunta entonces es qué podemos hacer si tenemos que reconstruir la unidad de nuestra sociedad.

La idea de éste trabajo es cambiar la concepción de estratificación por la de diferenciación funcional. Esto no significa ignorar la distribución desigual, o que existen gentes (y países) ricos y pobres, o de ignorar la estructura de clases de nuestra sociedad.

Pero la pregunta por la principal forma de diferenciación en la sociedad moderna, por la diferenciación de la que depende la estructura y la evolución de la sociedad, creo que encuentra respuesta en la diferenciación funcional, ya no en la estratificación.

¿Qué ganamos al cambiar por esta descripción de la estructura de la sociedad para encarar el problema sobre qué es lo que constituye la unidad de la sociedad?

En primer lugar, esto implica que decidamos entre abordar las sociedades regionales o la sociedad-mundo. Si pensamos en la diferenciación funcional (economía, sistema político, ciencia, religión, familia, educación, derecho, etcétera —no tengo una lista definitiva—) queda claro que no se trata de una distinción o diferenciación hecha en Argentina, Bulgaria, Alemania, Estados Unidos, ni en ninguna de estas peculiaridades regionales, sino una diferenciación del sistema-mundo.

Por ejemplo, el sistema financiero internacional constituye el núcleo del sistema económico, ya sea que la producción se lleve a cabo en Sao Paulo, Detroit, Frankfurt, o donde sea.

Al adoptar el esquema de diferenciación funcional optamos por la sociedad-mundo frente a las sociedades nacionales, aun dentro del campo político. Porque hoy en día el Estado nacional ya no constituye la unidad natural de una región, sino un aparato que se usa para ordenar políticamente algunos problemas regionales, para maximizar el consenso, minimizar la violencia, para manejar algunos problemas que son específicos, diferentes a los de otras regiones.

Ya no tiene mucho sentido pensar en el Estado como una categoría regional, sino que el sistema político del mundo delega a los Estados para que mantengan el orden en las regiones. Esto no podría hacerse centralizadamente, desde Nueva York, o Pekín, o Berlín.

Si aceptamos esto, el siguiente punto sería cómo concebir la diferenciación funcional.

Si construimos esto en términos sistémicos —y esto constituye una opción teórica adicional a considerar— vemos que los sistemas funcionales son altamente diferenciados, son altamente autónomos,

operacionalmente cerrados, con su propia memoria, su propio tipo de operación, su propia manera de construir el entorno social y natural, y que no tienen un mecanismo central de coordinación.

El principal problema de esta sociedad es el de la indiferencia o negligencia del sistema. Al sistema económico no le importa si la gente se muere de hambre, mientras no tengan dinero para comprar algo para comer; al sistema político le importan las elecciones, y si éstas se llevan a cabo en Ruanda y no en Alemania, a nadie aquí le importa el resultado; inclusive los medios masivos de comunicación se preocupan por sucesos locales, no de otras áreas (esto por supuesto es diferente en Estados Unidos, Suiza o Alemania).

Si vemos el problema de la diferenciación funcional desde un punto de vista sistémico, no reparamos tanto en las calamidades del viejo orden (injusticia, explotación, supresión) sino en la negligencia. A la sociedad no le importa si la gente vive en *favelas*. Hay gente a la que le importa, iglesias, individuos o pequeños grupos comprometidos con algún problema específico, pero a la sociedad-mundo simplemente no le importa.

Esta indiferencia o negligencia resulta un problema muy diferente a la explotación, por ejemplo. De hecho muchas veces no hay nada que el sistema pueda explotar en algunas áreas. Existen millones de personas que no están preparadas ni física ni mentalmente para trabajar.

Parece ser que en el siglo que se aproxima habrá una enorme masa de "cuerpos" que tienen que sobrevivir de alguna manera por su cuenta, y no como parte de los sistemas funcionales, o como personas a las que los sistemas funcionales usan con algún propósito.

El problema ya no es la explotación o la supresión, sino la negligencia. Y por supuesto ya no es posible hacer la revolución. Ya no existe un objetivo al que apuntar, un centro del sistema al que se pudiera eliminar para acceder a una sociedad mejor.

La pregunta se convierte entonces en ¿hasta qué punto se pueden movilizar los sistemas funcionales, hasta dónde se puede utilizar su enorme flexibilidad estructural para que sean menos indiferentes, para que tengan la capacidad de manejar más información sobre su entorno?

Si enfocamos esta cuestión, el siguiente punto sería preguntarse por las víctimas de esta negligencia, o por qué es lo que resulta indiferente a nuestra sociedad.

Tenemos por supuesto los problemas ecológicos. Habría que preguntarse si el sistema político está realmente preocupado por los

problemas ecológicos, o si éstos se han convertido en un tópico más de la agenda política. En este momento existe un importante debate político sobre si las restricciones ecológicas a la producción son solamente un medio para construir barreras al comercio internacional, para impedir que las mercancías extranjeras entren a nuestro país porque no se ajustan a nuestras prescripciones ecológicas de producción y uso de los objetos. Este constituye un problema político específico en el ámbito internacional, pero que no tiene casi nada que ver con los problemas químicos del deterioro de la capa de ozono.

Somos muy selectivos, tenemos una cierta flexibilidad para acrecentar o limitar la atención que prestamos a diferentes problemas, pero son siempre los sistemas funcionales (el sistema político, el económico, el de la educación, o los medios masivos de comunicación, etc.) los que definen lo que es o no importante.

Nos enfrentamos exactamente al mismo problema al tratarse de los individuos. Estos pertenecen al entorno —esto por supuesto resulta muy debatido, pero si construimos los sistemas sociales desde un punto de vista operacional, no podemos decir que la gente —mente y cuerpo— forma parte de la operación del sistema social.

Entonces ¿cómo se puede enfrentar la indiferencia del sistema hacia el entorno? ¿cómo se puede incrementar su atención hacia los individuos?

Tenemos que pensar que existen cinco o seis billones de individuos, y preguntarnos cómo se podría organizar la atención hacia éstos, si los consideramos seriamente y pensamos que tienen sus propias mentes y cuerpos.

En este sentido, la principal distinción que produce la diferenciación funcional bien podría ser la de exclusión-inclusión.

Cuando los individuos quedan excluidos del sistema quedan reducidos a “cuerpos”. Si alguno de ustedes ha estado alguna vez en una *favela* de una ciudad sudamericana, se habrá dado cuenta como uno se siente ahí inmediatamente como un cuerpo, y lo que ve a su alrededor es una masa formada por otros cuerpos. Algunos de ellos aparentemente son personas, juegan un rol en los sistemas de comunicación, pueden tener carreras y relaciones sociales, pero una gran masa de la sociedad humana vive reducida a “cuerpos”. Estos pueden personalizarse entre sí, pero yo supongo que lo hacen en un grado muy pequeño, principalmente alrededor de cuestiones como la violencia y la sexualidad.

Si este es nuestro problema, resulta muy difícil pensar en la unidad

de la sociedad. Ya no es posible pensar en un sistema natural que garantice el respeto a los derechos de los individuos como si existieran derechos innatos de la humanidad. Consecuentemente resulta muy difícil pensar en un sistema político que se haga cargo de este tipo de problemas.

En realidad la única posibilidad consiste en ver cómo se puede introducir la negligencia en el sistema-negligente, esto es, en cómo se puede hacer para que los sistemas se den cuenta de que dependen de la indiferencia, de no ver, de no hacer "un problema de".

Reproducir la diferencia entre preocupación e indiferencia dentro de un sistema y ver qué sucede, ver cuanta es la flexibilidad estructural para adaptarse, para ampliar una conciencia más compleja del entorno.

Esto por supuesto constituye en alguna medida un problema de organización, y no tanto de los grandes sistemas funcionales.

Si este es el problema, tenemos que redefinir el concepto de racionalidad. Esta ya no puede ser una racionalidad "razonable" en el sentido de algunos estándares del entendimiento humano. No puede ser más una racionalidad que sea efectiva simplemente en términos de la producción, o eficiente en términos de la relación costo-beneficio, o de medios-fines, sino una racionalidad que haga la demanda imposible de introducir el entorno al sistema, de incluirlo después de que ha sido excluido.

Esta resulta evidentemente una noción paradójica de racionalidad, pero si atendemos a la flexibilidad de las estructuras, vemos también la flexibilidad de los programas políticos; de las temáticas de los medios de comunicación masiva, que cambian año con año; la flexibilidad de los recursos monetarios, que cambian de mano cada día (y de la enorme cantidad de éstos que se movilizan diariamente solamente 3 o 4 % son usados para pagar cuentas, y ¿qué hacemos con el resto?); la flexibilidad del derecho positivo: podemos cambiar las leyes, las constituciones.

La flexibilidad de los sistemas funcionales, de su funcionamiento y de las condiciones históricas específicas de que disponen en términos de cultura, de memoria, constituye la verdadera ventaja de nuestra sociedad.

Mi conclusión es que si tenemos una sociedad diferenciada funcionalmente debemos de volcarnos sobre los recursos de los sistemas funcionales, y no tanto a los problemas morales y de unidad política de la sociedad-mundo.